

Seres de hábitos. Reflexionando sobre la práctica arqueológica en contextos urbanos

BEINGS OF HABITS. REFLECTING ON ARCHAEOLOGICAL PRACTICE IN URBAN CONTEXTS

*María Lorena Vaqué **
*Evangelina Giuliette ***

Resumen

A partir de dos casos presentados en el año 2015, reflexionamos sobre la práctica arqueológica en contextos urbanos. De estas investigaciones surgieron cuestionamientos sobre cómo la formación académica puede condicionar las indagaciones, y también sobre las consecuencias de las interpretaciones de las materialidades representativas del pasado/presente de comunidades locales.

Palabras claves: Reflexión; Visibilizar; Práctica; Arqueología.

Abstract

Based on two cases presented in 2015, we reflect on archaeological practice in urban contexts. These investigations raised questions about how academic training can condition or limit the inquiries, and also about the consequences of the interpretations of the representative materialities of the past/present of local communities.

Keywords: Reflection; Make visible; Practice; Archaeology.

* Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Avenida Belgrano 300 (4700), San Fernando del Valle de Catamarca, Argentina. Dirección electrónica: [lorenavaque@gmail.com].

** Museo de la Colonización, Secretaría de Cultura y Deportes, Municipalidad de Esperanza, Lehmann 1566 (3080), Esperanza, Santa Fe, Argentina. Dirección electrónica: [evangelinasoledadgiuliette@gmail.com].

INTRODUCCIÓN

En el año 2015 presentamos dos contribuciones en el *VI Congreso Nacional de Arqueología Histórica* (Mendoza, Argentina) referidas a ciertas materialidades inmuebles que se comportan como el andamiaje cultural, histórico y simbólico de nuestros lugares de origen: la Casa de la Colonia (ex Molino Denner), en Esperanza (Santa Fe) y la Casa-hacienda San Pedro, en San Pedro de Jujuy (Jujuy). Estas materialidades fueron seleccionadas por: a) tratarse de edificios a los que se les asigna un grado de importancia histórica elevada por sobre otros edificios; b) estar vinculadas directamente con la producción agroindustrial (industria harinera y azucarera); y, c) ser lugares de memoria que, dependiendo de los intereses de algunos actores de nuestras comunidades, generan discursos históricos parciales.

En este texto –escrito y pensado como un breve ensayo– nos parece necesario y oportuno reflexionar sobre esas producciones, posteriormente publicadas (cf. Giuliette y Vaqué, 2018; Vaqué y Giuliette, 2018), y también proponer otras lecturas de esos inmuebles –teniendo en cuenta el contexto donde esas materialidades cobran sentido– que consideramos y nombramos como “sitios arqueológicos”. Desde aquellas presentaciones hasta el presente, “ires” y “venires” de ideas, conceptos, suposiciones, conocimientos y sentimientos –a partir de nuestras trayectorias personales– nos interpelaron y viabilizaron incorporar otras materialidades a las indagaciones. Nos referimos a libros, fotografías, revistas, folletos sobre la historia local de cada ciudad, etc., entendiéndolas y analizándolas como materialidades que brindan datos relevantes sobre esos pasados/presentes que intentamos estudiar, y, además, porque contribuyen a contextualizar ideas, formas de pensar y narrar expuestas en esas “historias locales” de las que formamos parte.

CASA-HACIENDA SAN PEDRO Y LA CASA DE LA COLONIA (EX MOLINO DENNER)

Los edificios que investigamos son conocidos como Casa de la Colonia (ex Molino Denner) y Casa-hacienda San Pedro, en ambos inmuebles funcionan actualmente museos, otra razón para tenerlos en consideración. La elección no fue al azar, estuvo impulsada por los deseos de investigar en nuestras ciudades de origen; y, también, motivadas desde el cuestionamiento de las historias locales producidas y reproducidas año tras año, sin modificaciones, replanteos o puntos de vistas diferentes. Luego, nos interesamos en los relatos que, sobre los edificios, circulan en distintos ámbitos. Finalmente, nos pareció importante analizar, desde una mirada arqueológica, las historias locales representadas en las construcciones edilicias y lo que se narran de ellas.

Estos edificios son considerados como referentes de la historia de ambas ciudades, probablemente lo sean. Sin embargo, no son solamente eso. ¿Pueden ser clasificados como “sitios arqueológicos”? Sin lugar a dudas, sí y así lo hicimos. Desde la disciplina se nombran, catalogan y analizan de esa manera. Se trata de “sitios” conformados por materialidades susceptibles de ser descritas, medidas, estudiadas, etc., pensando estas tareas siempre desde el posicionamiento académico y, a veces, obviando las posibilidades de apertura del discurso. No desconocemos a la Arqueología como ciencia moderna, occidental y colonialista, sin embargo, creemos que se puede brindar una mirada diferente a partir de un posicionamiento más local, desestructurando los modelos implantados por una academia que ha cosificado aún más el objeto material, aislándolo del conjunto de interpretaciones y prácticas que las comunidades realizan en ellos y a partir de ellos, como si la vida de las cosas (*sensu* Appadurai, 1986) y sitios finalizaran al cambiar su funcionalidad (Binford, 1962), o incluso tras ser catalogados desde la disciplina.

Desde la Arqueología clasificamos los objetos que estudiamos desde una mirada particular, los cargamos de conceptos, ideas y significados que –al ser nuestros– están condicionados por los contextos socio-históricos de los que somos parte y nos formamos como personas y profesionales. De esta forma, a través de nuestra percepción disciplinar, vamos transformándolos y escribimos sobre ellos, es decir, construimos también representaciones y discursos. Siguiendo a Gorosito Kramer, visualizamos que esta percepción de la construcción del pasado no es nueva:

Cada tanto, esas palabras, esos giros verbales, esas actitudes, nos muestran un plano de connotaciones insospechadas, y cómo hasta entonces habíamos sido poseídos por ellas, y por un modo colectivo de entender la realidad. Antes que agentes del colonialismo, estas situaciones nos devuelven una imagen de nosotros mismos no siempre advertida: la de agentes de nuestro propio mundo social, sujetos inconscientes de una reproducción cultural incluida en algún aspecto de nuestras biografías (Gorosito Kramer, 1991: 43).

Existen variadas percepciones a escala local de estos edificios. Para algunos son solamente unas casas viejas que “cuentan” las historias de San Pedro y Esperanza, mientras que para otros pasan desapercibidas, casi como unas construcciones más en sus respectivos paisajes urbanos. ¿Por qué elegimos estas materialidades?, ¿por qué les prestamos atención? Los factores de esas elecciones fueron múltiples y tienen que ver con ese discreto encanto que tiene la historia en general, pero también con una imposibilidad teórica, metodológica e interpretativa que nos dificulta observar el mundo de una manera imparcial, neutra y con falta de compromiso político. Es por esto que

llegamos a preguntarnos: ¿quién nos dio la facultad para transformar esos inmuebles en un sitio/objeto arqueológico?, esa práctica ¿es un acto despojado de responsabilidad?, ¿solamente nos legitima el haber sido “formadas” en la universidad?, ¿cómo nos limitan estos conceptos y estructuras a la hora de realizar nuestros trabajos?, y ¿qué estamos obviando cuando construimos esos discursos históricos? Hasta ahora nunca nos detuvimos a pensar en estos aspectos, y simplemente contribuimos a la transformación sin cuestionarnos al respecto.

De la misma manera ocurre con lo que debe ser patrimonializado: un grupo que acredita experticia decide qué, cómo y cuándo algo debe ser considerado patrimonio y cuentan con el aval de sus respectivas disciplinas y del Estado. Así, de manera involuntaria, reproducimos esta lógica moderna, despojando a las materialidades de su contexto social –el cual no podemos ignorar pues nosotras mismas somos parte de éste–, continuamos de esta manera seccionando el mundo tangible para estudiar y beneficiarnos de ello. Contextualizamos. Aparte de nombrar, vinculamos y conectamos cosas. Fortalecemos el proceso de apropiación de objetos, pero también de sentidos.

Ahora bien, es importante destacar algunas preguntas que, en la actualidad, estructuran nuestra investigación y miradas sobre esos pasados que están en el presente: 1) estos edificios ¿son sitios arqueológicos?; 2) ¿nuestra práctica disciplinar es transparente y despojada de intereses políticos?; 3) esas materialidades ¿son solamente estructuras que pueden ser analizadas sin tener en cuenta su contexto?; y, 4) ¿estamos reproduciendo una lógica de apropiación de elementos y significados culturales? Estas preguntas resultan de esos “ires” y “venires” que mencionamos y se comportan como las inquietudes que, en el presente, guían nuestras indagaciones. A continuación, presentamos los casos a los que estamos refiriendo.

Casa-hacienda de San Pedro

En 1764 el gobernador de la Provincia del Tucumán otorga la merced de Pampa de San Pedro a Pedro López de Velasco, tierras con sectores aptos para el engorde e invernada de animales; tras un fallido acuerdo con Joseph de Acuña, uno de los hijos de López de Velasco, “optó por venderle las tierras en 1774” (Sierra e Iglesias, 1998: 28). Acuña expandirá sus propiedades con la adquisición de otras fincas. De un inventario de sus bienes se desprende que poseía una casa de “torta de barro” (Sierra e Iglesias, 1998: 28), aunque no se precisa su localización. En 1795, Martín de Otero adquiere Pampa de San Pedro, a la que nombrará como Cañaverales y Finca San Pedro, y construirá, además, la “casa principal de la hacienda” (Iacuzzi, 2005: 29).

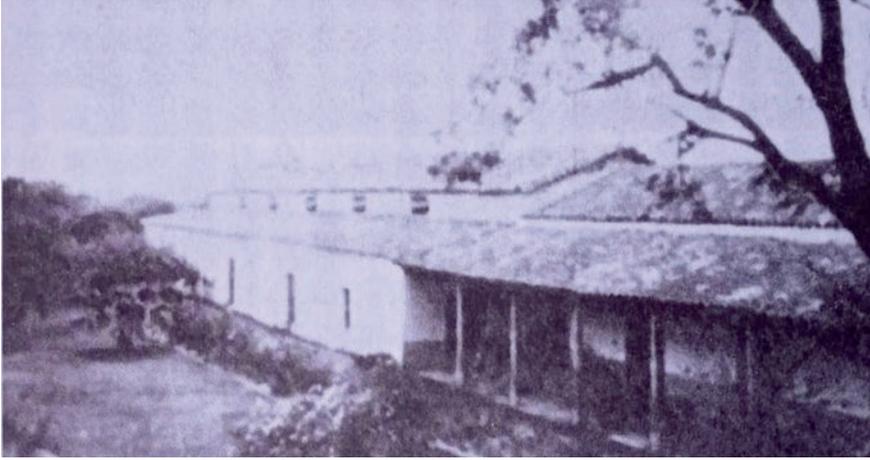
Tras la muerte de Martín de Otero en 1827, y una compleja trama de herederos y deudas a acreedores, la propiedad es adquirida por Miguel Francisco Araújo en 1845; unas tres décadas después, se encargará de modernizar, con máquinas importadas de Inglaterra, la producción azucarera. Los implementos adquiridos se instalarán en una construcción nueva –un gran salón de adobe contiguo al este de la sala principal de la hacienda–, fundando así el ingenio San Pedro (Figuras 1 y 2), el cual tuvo una corta duración: en 1883 habría realizado su última cosecha (Sierra e Iglesias, 1998). Como consecuencia, entonces, del incremento de la producción azucarera desde fines de siglo XVIII, la casa comienza paulatinamente a ser ampliada con nuevos recintos. Estos eventos –que se infieren de la documentación, las escasas referencias bibliográficas que abordaron la casa y una diversidad de modificaciones materializadas en el edificio y observadas *in situ*– dan indicios de esa creciente demanda de azúcar y, consecuentemente, del requerimiento de más recursos tecnológicos para el proceso productivo. Al respecto, nos preguntamos sobre el impacto social, es decir, cómo incidieron estas transformaciones productivas que también demandaban mayor cantidad de trabajadores. Por lo expuesto, ¿de qué manera la población de San Pedro de Jujuy –conformada mayoritariamente por indígenas– es incorporada a las nuevas lógicas y relaciones capitalistas?, ¿cómo se materializan en las prácticas esas relaciones asimétricas entre propietarios y familias indígenas? Lo anterior conlleva indagar arqueológicamente tanto en este ex espacio productivo como detectar y estudiar aquellos sitios donde habrían residido los trabajadores indígenas y sus familias.

Figura 1. Vista frontal del salón de adobe anexado.

Fuente: Sierra e Iglesias (1998).

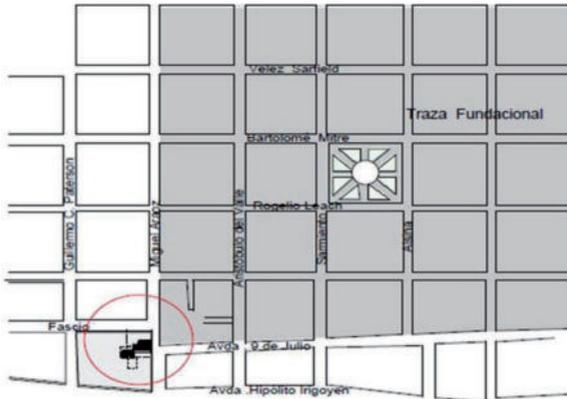


Figura 2. Vista posterior del salón de adobe anexado. Leyenda original: “Vista posterior del ingenio San Pedro”. Fuente: Sierra e Iglesias (1998).



Paralelamente a la producción de la casa-hacienda, una sociedad conformada por Miguel Francisco Aráoz, Rogerio Chadwick Leach y cuatro socios más, iniciarán sus actividades productivas en el ingenio La Esperanza, emplazado a cuatro kilómetros de San Pedro. También en 1883, el gobernador de Jujuy, Eugenio Tello, le solicita a Aráoz la donación de una porción de su propiedad, para fundar el pueblo de San Pedro, siendo la traza la traza fundacional de una superficie de cinco cuadras de lado (Figura 3) (Sierra e Iglesias, 1998; Iacuzzi, 2005).

Figura 3. Plano de la traza fundacional de San Pedro de Jujuy (área sombreada) y ubicación de la Casa Hacienda. Fuente: Iacuzzi (2005: 32).



Con relación al socio inglés, R. C. Leach, comenzará a adquirir relevancia para la historia local pues, finalmente, se convertirá en el dueño del ingenio La Esperanza y la casa-hacienda San Pedro, la que –ante la expansión urbana– quedará absorbida por el pueblo y luego por la ciudad (Vaqué y Giuliette, 2018). En efecto, la casa-hacienda se encuentra en la esquina que conforman actualmente las calles 9 de Julio y Miguel Aráoz. Por las descripciones de documentos históricos del Archivo de Tribunales de la Provincia de Jujuy (ATJ) y referencias de algunos autores locales, los nuevos propietarios de la casa-hacienda introducirán importantes cambios (Sierra e Iglesias, 1998). Si originalmente la casa tenía una planta y anexos donde se fabricaban azúcares y unos pocos derivados –por ejemplo, chancacas– para el consumo local, las intervenciones arquitectónicas fueron modificando el diseño original del edificio, observándose actualmente un edificio de dos plantas (Figura 4). Entre las modificaciones posibles de asociar a los propietarios ingleses, sugerimos, se encontrarían: la instalación de tiranterías de madera en los techos, la construcción del segundo piso, el empleo del ojo de buey como artilugio decorativo y recurso para iluminar espacios, la incorporación de hogares con chimeneas para calefaccionar recintos, el techo a dos aguas, entre otras intervenciones arquitectónicas. En todo caso, definir con precisión estas modificaciones implica una investigación documental y arqueológica (con lectura de paramentos y análisis sistemáticos de los rasgos, etc.). Se debe advertir, además, que en este proceso de modificaciones se combinan y complementan materiales y técnicas de construcción locales y foráneas. Esta mixtura, tal vez, podría tener origen en pautas culturales que pueden relacionarse con estrategias de apropiación de materias primas y saberes locales. Es por ello que se torna clave un análisis sistemático que involucre las formas de construir y habitar por parte de cada sector social involucrado en estas modificaciones.

Figura 4. Vista parcial del edificio tomada desde el patio externo. Foto de las autoras.



Figura 5. Sector de la casa que fue demolido. Foto de las autoras.



La presencia inglesa, para la historia local, ¿se comportó como un hecho disruptivo? Desde nuestra perspectiva –y planteada como hipótesis– es posible sugerir que esta reconfiguración diferencial del paisaje, que se ajustaba a un nuevo modelo económico productivo y de relaciones sociales, afectó a distintos grupos y actores sociales, tanto en su reproducción biológica pero también comunitaria y social. Algunas personas entienden que la intervención de la población anglófila significó un “adelanto” en la historia de San Pedro de Jujuy, puesto que económicamente habría beneficiado a algunas familias. Sin embargo, para avanzar en este sentido, se requiere continuar indagando a partir de etnografías, análisis de documentos y avanzar con estudios del paisaje, abordándolo en el tiempo largo.

Como se advierte, la casa-hacienda fue objeto de diversos usos a lo largo de su vida. De manera preliminar, planteamos seis etapas en el período comprendido entre mediados de siglo XVIII y el presente: 1) en un primer momento fue un espacio destinado a tareas productivas-económicas relacionadas a la internada de mulas que tenían como destino su venta a Bolivia y pocas actividades agrícolas (desde mediados del siglo XVIII); 2) su uso estuvo vinculado con incipientes procesos de cultivo de caña de azúcar, elaboración de azúcar y otros derivados (principios del siglo XIX); 3) se destinó

de forma casi exclusiva a la fabricación de azúcar, tanto para consumo local como regional; el edificio fue el espacio ocupado por el ingenio San Pedro, en este marco, la utilización del espacio de la casa y su entorno inmediato habría sido diferente; por entonces, la superficie cultivada con caña se amplió como así también los lugares destinados a viviendas de los trabajadores (finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX); 4) la casa deja de cumplir esa función productiva y es utilizada como vivienda tipo pensión o inquilinato (mediados del siglo XX); 5) durante las décadas de 1960 y 1970, la funcionalidad de la casa estuvo relacionada con oficinas de la empresa estatal Obras Sanitarias de la Provincia de Jujuy; y, 6) la etapa actual: la casa cumple la función de espacio expositivo, ya que funciona allí el Museo Histórico, Arqueológico y de Arte Pablo Balduin, dependiente de la municipalidad; en la primera década del siglo XXI la casa-hacienda sufrió un colapso en su sector oeste como consecuencia del deterioro que venía experimentando, ayudado por las lluvias estivales. Como se puede observar en la Figura 5, una de las habitaciones fue demolida por el Municipio a fin de evitar perjuicios mayores.

Por lo expuesto, estamos asumiendo que durante cada etapa de la casa-hacienda, su fisonomía estuvo sujeta a modificaciones funcionales, estructurales y de sentidos o lógicas del uso del edificio y su entorno. Sin embargo, sostenemos que para interpretar la trayectoria del edificio se requiere también avanzar con otros sitios contemporáneos y vinculados al mismo, ya que no podemos dejar de lado el sector destinado a las viviendas de trabajadores y trabajadoras de la hacienda. Si bien no tenemos todavía ningún tipo de registro material de estas últimas unidades, las mismas no deben desconocerse ya que la producción azucarera involucró a hombres y mujeres que, de manera permanente y estacional, contribuyeron con su fuerza de trabajo. Lo anterior, además de involucrar necesariamente excavaciones arqueológicas sistemáticas, conlleva también un exhaustivo análisis de fotografías aéreas e imágenes satelitales, como así también un trabajo etnográfico que contribuya a generar datos aún no relevados hasta el momento.

La casa-hacienda narra diferentes procesos y etapas constructivas y que remiten a la historia de San Pedro de Jujuy y, por lo tanto, sujetos a nuestra descripción, análisis e interpretación desde la perspectiva arqueológica en general, y desde la Arqueología Industrial en particular.

La Casa de la Colonia - Ex Molino Denner

La ciudad de Esperanza, cabecera del Departamento Las Colonias, provincia de Santa Fe, surge a partir de un Contrato de Colonización firmado entre el empresario salteño Aarón Castellanos y el gobernador de la provincia, Don Domingo Crespo, en 1853 (Biondi y Giuliette, 2017). Según este contrato, Castellanos debía traer doscientas familias europeas de agricultores para

fundar una colonia en tierras santafesinas, a fin de desarrollar la agricultura. En un principio el proyecto contemplaba la fundación de un total de cinco colonias, las que permitirían el ingreso de Argentina al mercado internacional, no obstante, entre acuerdos y desacuerdos, sólo llegó a concretarse una fundación: la de Esperanza (Lehmann, 2011).

Entre enero y julio de 1856 llegaría el contingente de colonos –en la historia local se emplea este nombre exclusivamente para el grupo conformado por familias de Suiza, Alemania, Francia, Bélgica y Luxemburgo– para asentarse en las concesiones correspondientes (Cervera, 1956).

El trazado de la colonia constaba de 210 concesiones de 33 hectáreas (ha), que se encontraban divididas en dos secciones de 105 concesiones cada una, separadas por una franja de terreno denominada calle ancha (Figura 6), donde posteriormente se instalaría un poblado con edificios públicos y de culto, comercios, talleres de herrería y hojalatería, carpinterías, cervecerías y molinos harineros. A mediados de la década 1860 se sumarían, a las “familias fundadoras” (Gori, 2018), inmigrantes de distintas partes del globo (en los censos nacionales y provinciales figuran “americanos”, italianos, españoles, franceses y sirio-libaneses) (Biondi, Giuliette e Iñíguez, 2020).

Figura 6. Plano con el trazado original de la Colonia de Esperanza, donde se puede apreciar las dos secciones y en medio la calle ancha. Fuente: Martiren (2012: 8).

Norte															
S E C C I Ó N	6	5	2 bis	4	3	2	1	S E C C I Ó N	1	2	3	4	1 bis	5	6
	19	17	15	13	11	9	7		7	9	11	13	15	17	19
	20	18	16	14	12	10	8		8	10	12	14	16	18	20
	32	30	28	4 bis	25	23	21		21	23	25	3 bis	28	30	32
	33	31	29	27	26	24	22		22	24	26	27	29	31	33
	46	44	42	40	38	36	34		34	36	38	40	42	44	46
	47	45	43	41	39	37	35		35	37	39	41	43	45	47
	59	57	55	6 bis	52	50	48		48	50	52	5 bis	55	57	59
	60	58	56	54	53	51	49		49	51	53	54	56	58	60
	73	71	69	67	65	63	61		61	63	65	67	69	71	73
A L E M A N A - O e s t e	74	72	70	68	66	64	62	62	64	66	68	70	72	74	
	86	84	82	8 bis	79	77	75	75	77	79	7 bis	82	84	86	
	87	85	83	81	80	78	76	76	78	80	81	83	85	87	
	99	97	96	94	92	90	88	88	90	92	94	96	97	99	
	100	98	10 bis	95	93	91	89	89	91	93	95	9 bis	98	100	
	Sur														

La llegada de estos últimos inmigrantes significó el desarrollo de nuevas actividades económicas, principalmente el de oficios como herrería, carpintería, talabartería, a los que se sumó la producción harinera (Giuliette, 2014). También se instalaron “Empresas de Colonización”, entidades que convocaban a inversores a aportar capitales para la conformación de nuevas colonias. Los administradores de estas empresas figuraban como apoderados de los aportantes de capital y realizaban las operaciones, entre otros, destacamos a Guillermo Lehmann, Carlos Beck Bernard y Santiago Denner.

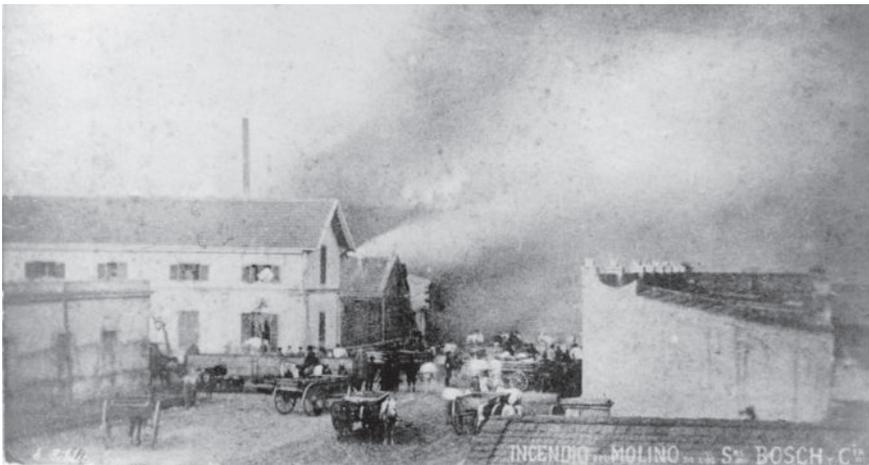
Figura 7. Casa de Santiago Denner y Molino Bosch & Cía. Fotografía de Ernesto Schlie. Fuente: Museo de la Colonización.



Entre 1871 y 1874 el inmigrante suizo, Santiago Denner, empresario colonizador y posterior apoderado de Carlos Beck Bernard, construye una vivienda en la Concesión n° 35 de la Sección Este o “Francesa” de la colonia Esperanza, justo en el límite con el trazado urbano. Se trata de una construcción rectangular de dos plantas, tipo chalet con techo a dos aguas. En 1884 se instala, en el mismo solar de la vivienda y con una proyección hacia el este, el Molino Bosch & Cía. (Figura 7) (Heer de Beaugé, 1994).

Carlos Bosch se asoció con Santiago Denner para llevar a cabo la actividad agroindustrial de producción y comercialización de harina. En 1888 el edificio del molino sufre un incendio (Figura 8), por lo que debe ser reconstruido, obras que finalizan en 1889. El resultado fue un molino con máquinas modernas y el primero en poseer instalación eléctrica propia (Heer de Beaugé, 1993).

Figura 8. Incendio del Molino Bosch & Cía., 1888. Fotografía de Ernesto Schlie.
Fuente: Museo de la Colonización.



Bosch abandona la sociedad, en el año de 1890, para emprender un nuevo negocio en el mismo ramo de actividades. De esta forma, el anterior molino Bosch & Cía., se convierte simplemente en el Molino de Santiago Denner, tal como se lo puede identificar en periódicos de la época. Esta industria sobrevivirá a la crisis económica que se originó en 1890 y que, sumada a otros factores, produjo el declive de la industria molinera en la ciudad, reduciendo significativamente el número de molinos que realizaban estas tareas productivas (Giuliette, 2014). La unidad productiva se mantuvo en funcionamiento hasta 1930.

Es importante destacar que la morfología del conjunto edilicio fue variando a lo largo del tiempo, incluso mientras el molino permanecía activo. Mediante el análisis de las imágenes relevadas (destacamos la importancia de considerar distintas materialidades para el desarrollo de las investigaciones, documentos que adquieren aún más relevancia ante la imposibilidad de realizar excavaciones arqueológicas sistemáticas debido a la presencia de casas particulares, calles y edificios públicos), es posible exponer parte de la transformación del edificio desde la década de 1890 hasta 1910 (Figuras 9, 10 y 11), apreciando cómo se va eliminando parte del edificio del molino

para dar lugar a nuevas construcciones como la Escuela Graduada Municipal (actualmente incorporada al régimen provincial con el nombre de Escuela Nº 314 “José de San Martín” de nivel inicial y primario), como así también la apertura de una calle (Giuliette y Vaqué, 2018).

A medida que transcurren los años el predio perteneciente a la familia Denner fue segmentando en lotes individuales, los que fueron adquiridos para la construcción de viviendas unifamiliares. En 1969 sólo quedaba en pie el edificio correspondiente a la residencia familiar, el que fue adquirido por la Municipalidad de Esperanza para garantizar su preservación, con tal fin se lo entrega en comodato a la Asociación de Artistas Plásticos de Esperanza (AAPE) en el año 1983, quienes crearon un museo de arte (Heer de Beaugé, 1993) que, a partir de 2002, llevará el nombre de Héctor Borla en homenaje al afamado artista plástico esperancino. Sin embargo, el nombre de Museo es más bien de carácter ilustrativo, ya que su función es la de oficiar como sede de la AAPE y la de espacio cultural en donde se dedican a la promoción de trabajos de artistas plásticos locales y regionales.

Figura 9. Vista del edificio de molienda y depósitos tomada desde el sudeste. Fotografía de Ernesto Schlie. Fuente: Museo de la Colonización.



El edificio es conocido como Casa de la Colonia, nombre establecido por decreto municipal (Heer de Beaugé, 1993), y que hace estricta referencia a la historia de la ciudad y su origen como una colonia agrícola, siendo el edificio

más antiguo que se preserva dentro del trazado urbano. Generalmente no se suele vincular este edificio con un molino harinero, solo saben de ello las personas mayores y quienes son amantes de la historia local. Desde la Dirección Municipal de Turismo se ha incorporado esta información en una señalética, pero no garantiza que efectivamente sea incorporada a la historia de la casa. En cuanto a las representaciones que comúnmente circulan, suelen reproducir la interpretación de dos autores, particularmente la del sacerdote jesuita Pedro Grenón, nieto de fundadores. Grenón centra su discurso histórico en el origen de la ciudad como colonia agrícola, construyendo una imagen heroica de los fundadores y enfatizando el proceso de colonización agrícola, dejando el desarrollo industrial de la colonia como un apartado de tres páginas, en una obra de cinco tomos de historia documentada e ilustrada de Esperanza (ver, por ejemplo, Grenón, 1939, 1945).

Figura 10. Escuela Graduada de Esperanza, actual Escuela N° 314 “José de San Martín”, lindante al edificio se puede ver un galpón perteneciente al Molino Denner (ca. 1910). Fotografía: sin datos de autor. Fuente: Museo de la Colonización.



Muchos de los trabajos posteriores usan de base los escritos de Grenón, pese a la existencia de fuentes que permitirían ahondar en la actividad artesanal e industrial desarrollada en Esperanza. Es de esta forma como se perpetúa en el discurso el impacto que tuvo el establecimiento de esta colonia agrícola a nivel provincial y nacional, minimizando hechos y actores históricos vinculados al desarrollo agroindustrial de Esperanza y la región.

Figura 11. Vista de la Escuela Nº 314 “José de San Martín” desde el sudeste, el óvalo negro resalta la demolición del galpón preexistente y la apertura de la calle Alberdi que corre en sentido N-S. Tarjeta Postal. Fuente: Museo de la Colonización.



Figura 12. Casa de la Colonia en la actualidad. Foto de las autoras.



En resumen, hay una fuerte tendencia a romantizar la historia local, sesgando muchos acontecimientos y resaltando otros. También están los que asocian a la vivienda con su función actual como museo y quienes ignoran la construcción ya que la naturalizaron como una casa antigua más de la ciudad (Figura 12). Y también quienes lo concebimos como un “sitio” arqueológico, considerándolo como el último vestigio de un conjunto mayor en donde se realizaban distintos tipos de prácticas (productivas, económicas, sociales, etc.).

LA INTERPELACIÓN ÉTICA E HISTÓRICA

Como factor común, la casa-hacienda y el ex molino fueron lugares utilizados y resignificados a lo largo de sus trayectorias. A diferencia de otros casos de “sitios” urbanos que desde la práctica disciplinar se consideran ocultos o “sepultados”, estos sitios/espacios están inmersos en una dinámica que los transforma constantemente, demostrando que lo material nada tiene de estático, ya que manifiestan un conjunto de procesos dinámicos que involucraron distintos usos y funciones.

Ahora bien, estos edificios fueron espacios productivos, habitacionales, museográficos y más... forman parte del patrimonio local. Pero, ¿qué sectores de la población los considera de tal forma?, la mayoría de quienes vivimos en San Pedro y Esperanza ¿conocemos sus historias y valores?, esos valores, también construcciones discursivas, ¿siguen vigentes?, o incluso, ¿no pueden cuestionarse?, ¿son espacios patrimonializables? Desde la arqueología pretendemos contribuir a la revalorización de estos edificios, pero con una mirada *sui generis*, diferente, amplia, inclusiva, intentando no caer en visualizaciones pasadas/presentes que escasamente contribuyeron a las historias locales.

No nos olvidamos de aquellos grupos sociales que fueron sistemáticamente ocultados e invisibilizados del discurso predominante, sabemos que están presentes material, cultural y temporalmente. La tarea pendiente, desde la arqueología, es hacer visibles esos grupos desde la producción/construcción de discursos que cristalicen esas presencias negadas. Nos interpela, como investigadoras sociales, esa concepción única y lineal de la historia/arqueología, en tanto asumimos que en estos espacios convergen y yuxtaponen múltiples vivencias, significados, recuerdos, memorias, que deben ser tenidos en cuenta, por lo tanto, remiten también a múltiples formas de entenderlas e interpretarlas.

En el caso particular de estos edificios, los interpretamos como palimpsestos generados por los grupos sociales que los habitaron de acuerdo a diferentes patrones culturales en diversas épocas (y que se manifiestan, por ejemplo, en estructuras, en sus elementos constructivos de distintos períodos, etc.).

En ambos casos fueron refuncionalizados desde el uso estatal, albergando actualmente museos municipales donde se exhiben objetos y se proyectan determinados discursos. De tal manera que estos edificios –que durante una época fueron viviendas, con recintos que cumplían roles específicos e integrados a una “totalidad” como residencias familiares– al ser utilizados como museos se configuran, cada uno, como palimpsestos dentro de otros palimpsestos mayores.

Desde una primera aproximación a la producción de narrativas locales (se trata, mayoritariamente, de escritos de hombres, sampedreños o esperancinos de nacimiento), visualizamos ciertos patrones en los discursos que evidencian algunos sesgos interpretativos, dejando de lado a ciertos sujetos históricos, no haciendo visible sus presencias como participantes de las etapas productivas, ni como integrantes del entramado social. Tales omisiones, ¿tienen cierta intencionalidad por parte de quienes los produjeron/producen? Sostenemos que sí. Como en toda construcción histórica, su neutralidad es inexistente. Podríamos plantear como hipótesis que uno de los objetivos de estas omisiones fue la de fundamentar un discurso que, glorificando a ciertas personas, invisibilizó a otros actores o bien se procedió a estigmatizarlos. Esta construcción binaria por oposición es una constante en el discurso histórico/arqueológico argentino y del mundo occidental. Así, se van sacralizando espacios, edificios, personas; es necesario hacer visibles a algunos negando la existencia de otros.

La otredad muchas veces resulta un estorbo para las construcciones de un pasado que se intenta manipular y que responde a intereses económicos, sociales, de clase, políticos, de género, identitarios, por nombrar solamente algunos. Es necesario enmascarar realidades palpables para que puedan surgir otras, por ello –sugerimos– resulta funcional para la lógica moderna el silenciamiento de ciertos sujetos (hombres y mujeres de los pueblos originarios, de la población criolla, afroamericana) para la comodidad de las élites que, de otra manera, perderían privilegios de larga data.

Nos referimos a libros de textos, publicaciones en revistas, folletos, periódicos, etc., que circulan por nuestros pueblos y provincias, donde la información es reproducida de manera reiterada casi sin reflexión ni crítica. Ejemplo de ello es la insistencia de aquellos discursos que pretenden un “blanqueamiento” del pasado con frases tales como “somos descendientes de europeos...” o “cuando llegamos, ya no había indígenas...”. Falacias históricas que, muchas veces, se perpetúan hasta el presente. Cuando la crítica y la mirada distinta a esos discursos intentan asomarse, son censuradas de muchas formas, por ejemplo, argumentando que se trata de “hechos que ya pasaron” y que se dieron en un contexto específico, por lo que no correspondería valorarlos con criterios actuales. Lo anterior, entendemos, y entre otras consecuencias, llevan a justificar actos que hoy serían impensables avalar.

NUESTRA PRÁCTICA DESDE LA ARQUEOLOGÍA INDUSTRIAL

Estas reflexiones, sugerimos, nos permiten realizar una práctica profesional que tiene en cuenta los significados, representaciones y usos que tuvieron y tienen objetos muchas veces considerados estáticos. Desde la Arqueología Industrial nuestra mirada tiene que ser fluctuante y dinámica, porque los contextos en los que trabajamos están en constante transformación, refuncionalización y resignificación.

En los casos particulares que venimos analizando tenemos, además, un “problema” adicional: complejos procesos fueron alterando y condicionando el estado de los edificios. Como ya mencionamos, en las dos propiedades funcionan museos. La dinámica de estos lugares es fluctuante, tanto como los actores intervinientes. A su vez, los propósitos perseguidos cambian según las políticas y voluntades de turno. Es este marco, es posible pensar estos lugares como “sitios vivos”, en donde las cosas y los rasgos arquitectónicos no están muertos ni resguardados en vitrinas o detrás de vallas. La exhibición es permanente, caótica, anárquica, y nuestras prácticas –en ocasiones– también lo son. Desde una perspectiva antropológica, podríamos aventurar que es factible “reconocer en todo esto el clásico síntoma de liminalidad: confusión de categorías, expresiones de caos y antiestructura. Y sabemos que tal desorden puede ser el sitio de gestación de un nuevo orden quizá mejor” (Ortner, 1993: 8).

Si todo este cúmulo de apreciaciones y pensamientos es trasladado al estudio del pasado, nuestras miradas se amplifican. Los objetos, personas, paisajes, pensamientos e ideas fueron intensamente cambiantes durante los últimos tres siglos de industrialización, por lo que nuestras prácticas deberían acompañar esa movilidad, no ser estáticas. Nuestra formación debería permitirnos manejar los conceptos o términos con cierto grado de flexibilidad a fin de moldearnos –en la medida de lo posible– a las distintas percepciones y no perder de vista el hecho irremediable de que la arqueología es una disciplina que interpreta lo social desde las materialidades, y lo social tiene múltiples sentidos. Lo que para nosotras es una obviedad, no implica el desmedro de otros postulados y viceversa.

PALABRAS FINALES

La tarea de conocer y comprender las trayectorias edilicias, sociales y productivas de la Casa-hacienda San Pedro y la Casa de la Colonia (ex Molino Denner), se encuentra en una etapa preliminar. Se requiere efectuar excavaciones arqueológicas sistemáticas, continuar con las indagaciones en acervos documentales (tanto en archivos públicos como privados) y

etnografías. Es necesario contribuir al estudio del pasado desde una lógica que, lejos de reproducir esos discursos hegemónicos, contribuya en la apertura de nuevas perspectivas sobre un pasado que nos interpela constantemente. Si coincidimos con Dussel (2023) cuando reflexiona sobre la filosofía y su “hay que hacer todo de nuevo”, entonces –para los casos particulares aquí abordados, aunque también para otros–, es ineludible transformar la manera de escribir sus historias, despegándonos de las estructuras académico-colonialistas para construir historias situadas.

Creemos que, como profesionales del campo de la arqueología, nos debemos una reflexión sobre el tipo de prácticas que llevamos a cabo. Los contextos urbanos en donde se emplazan numerosos espacios industriales poseen una dinámica diferente a la que se puede hallar en sitios de montaña, llanura o costa, dinámica estrechamente ligada con esos palimpsestos mencionados anteriormente. Cuando se presentan esas permanentes ocupaciones de los espacios, y por ende sus constantes resignificaciones, la metodología de investigación debe ser flexible y contemplar diversos tipos de materialidades, como es el caso de ciertos documentos como fotografías, dibujos, libros y archivos contables, etc., los que, en sí mismo, constituyen la materialización de discursos, de acciones, de prácticas y de un conjunto de actividades que construyen historias/discursos que luego son interpretados en el proceso de investigación.

Si como advierte Gavin Lucas sobre la arqueología como “una actividad materializante”, que “No trabaja simplemente con cosas materiales, sino que materializa. Trae nuevas cosas al mundo: reconfigura el mundo” (Lucas 2004 [2015: 10]) y, por lo tanto, somos sujetos materializantes, entonces es posible advertir la relevancia de reconocer la diversidad de formas, soportes y significados de las cosas del pasado, las que no solo constituyen vestigios de las trayectorias históricas de pueblos y comunidades, sino que forman parte de nuestra cotidianidad.

Los interrogantes que planteamos al inicio del ensayo y que actualmente guían nuestras indagaciones, comienzan a adquirir relevancia. Con este ejercicio de escritura, a su vez, se generaron nuevas preguntas. Sostenemos que las respuestas definitivas solo pueden ser fruto de una construcción colectiva y reflexiva, en dónde puedan contribuir distintos actores y colectivos. A lo largo de estas páginas, socializamos inquietudes teóricas y prácticas, procurando invitar a la reflexión acerca de la manera en que las lógicas coloniales/modernas intervienen en la construcción de nuestro discurso, y hacemos extensiva esta propuesta con la seguridad de que la misma será de utilidad a las construcciones futuras de narrativas sobre los pasados/presentes para intentar descolonizar las interpretaciones sobre las historias que nos sean posible de narrar.

BIBLIOGRAFÍA

- APPADURAI, Arjun (1986): “Introducción: Las mercancías y la política del valor”. En APPADURAI, A. (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, México, Grijalbo – Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 17-87.
- BINFORD, Lewis (2007): “Arqueología como Antropología”. En *Clásicos de Teoría Arqueológica Contemporánea*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 15-27 [1962].
- BIONDI, Franca y GIULIETTE, Evangelina S. (2017): *Esperanza. 1° Colonia Agrícola Organizada del País. Madre de Colonias*, Esperanza, Edición Asociación Amigos del Museo de la Colonización.
- BIONDI, Franca; GIULIETTE, Evangelina & INIGUEZ, José L. (2020): “Esperanza, de colonia a ciudad”, *América*, 29, pp. 23-43.
- CERVERA, Manuel (1956): *Boceto histórico del Dr. Manuel Cervera. Colonización Argentina. Fundación de Esperanza*, Municipalidad de Esperanza [2ª edición].
- DUSSEL, E. (2023): “La filosofía no empezó en Atenas”. En UNITV – El Canal de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en [<https://m.facebook.com/unitvungs/videos/textuales-la-filosofia-filosofia-no-empezó-en-atenasenrique-dussel-1934-2023fi/342798431700059/>].
- GIULIETTE, Evangelina S. (2014): “Arqueología Industrial: el caso de los Molinos Harineros de la ciudad de Esperanza 1859-1900”. Tesis de Licenciatura inédita, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
- GIULIETTE, Evangelina S. y VAQUÉ, M. Lorena (2018): “El ex-molino Denner: un caso de arqueología industrial en la ciudad de Esperanza (Provincia de Santa Fe)”, *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12, 3, pp. 817-834.
- GORI, Gastón (1969): *Esperanza Madre de Colonias*, Santa Fe, Editorial Colmegna.
- GORI, Gastón (2017): *Familias Fundadoras de la Colonia Esperanza*, Esperanza, Edición Asociación Amigos del Museo de la Colonización.
- GOROSITO KRAMER, Ana M. (1991): “Reflexiones sobre los conceptos ‘patrimonio’ y ‘pasado’. Aportes para su discusión”, *Estudios Regionales*, 2, 1, pp. 42-57.
- GREÑÓN, Pedro SJ (1939): *La Ciudad de Esperanza (Prov. de Santa Fe). Historia Documentada e Ilustrada*, Tomo I, Córdoba.
- GREÑÓN, Pedro SJ (1945): *La Ciudad de Esperanza (Prov. de Santa Fe). Historia Documentada e Ilustrada*, Tomo II, Córdoba.
- HEER DE BEAUGÉ, Isabel (1993): *Patrimonio*, Esperanza.

- HEER DE BEAUGÉ, Isabel (1994): *Esperanza. Razón del nombre de Calles, Plazas y Monumentos*, Santa Fe, Municipalidad de Esperanza.
- IACUZZI, Carlos F. (2005): “La Casa Hacienda de San Pedro: Patrimonio del Chaco Jujeño”. Tesina para el Diplomado en Patrimonio Cultural Latinoamericano, Identidad, Catalogación y Criterios de Conservación, Universidad Blas Pascal, Córdoba.
- LEHMANN, Guillermo (2011): *La Colonia Esperanza y el Ferrocarril del Rosario a Córdoba*, Santa Fe, Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe - Palo Alto Impresión & Digitalización.
- LUCAS, Gavin (2004): “Modern Disturbances: On the Ambiguities of Archaeology”, *Modernism/modernity*, 11, 1, pp. 109-120 [“Perturbaciones modernas: acerca de las ambigüedades de la Arqueología”]; traducción de Andrés Laguens, febrero de 2015].
- MARTIREN, Juan Luis (2012): “Lógica de planeamiento y mercado inmobiliario en las colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe. Los casos de Esperanza y San Carlos (1856-1875)”, *Quinto Sol*, 16, 1, pp. 1-26.
- ORTNER, Sherry B. (1993): *La teoría antropológica desde los años sesenta*, Guadalajara, Editorial Universidad de Guadalajara.
- SIERRA E IGLESIAS, Jorge (1998): *Un tiempo que se fue. Vida y obra de los hermanos Leach en el Departamento San Pedro, Provincia de Jujuy (Argentina)*, Jujuy, EDUNJU.
- VAQUÉ, M. Lorena y GIULIETTE, Evangelina S. (2018): “Primeras aproximaciones desde la arqueología industrial a la casa-hacienda San Pedro (este de la Provincia de Jujuy)”, *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12, 3, pp. 862-874.

